

## Maeztu y la *Defensa de la Hispanidad*

Enrique Álvarez Villanueva

Oviedo

### 1. Introducción

Para un profano de la obra de Maeztu que solo conoce al vitoriano por su entrada en Wikipedia y por comentarios tópicos, muchos a mala fe, el autor se le antoja un antipático y retrógrado defensor del fascismo en los convulsos años de la República, y lo que parece que va a encontrarse en las páginas de su *Defensa de la Hispanidad* es una retahíla de tópicos acerca de la grandeza de nuestro añejo imperio donde no se ponía el sol, y nuestros invencibles Tercios, que mantuvieron en vilo al mundo entero durante dos gloriosos siglos.

Con estos prejuicios por montera, abrí las amarillentas y gastadas páginas de la obra, y me sumergí en la lenta pero enérgica narración de Maeztu, que se antoja cansada, resignada y marchita, como las hojas que la componen, de tal modo que pareciere que se lee un testamento de un hombre moribundo acerca de sus experiencias e ilusiones frustradas, pero que a la vez recomienda a sus nietos que remeden lo desgastado y terminen la obra una vez completada a medias. *Defensa de la Hispanidad* es un libro encantador, escrito al calor de los convulsos años de la II República Española, donde todo parecía inseguro, con la influencia insalvable de los dos polos que se levantarían después como los hecatónquiros para derrotar al nazismo y que, una vez cumplida su misión, se resistieron a volver al Tártaro y desearon disponer del mundo, sumiéndose en una guerra fría que duró casi 50 años.

España era un antiguo gigante derrotado, vacilante a merced de la ventisca de una República que no era capaz de mantener el orden, y lleno de ideas mesiánicas regidas por las armas, que liquidaron en catástrofe nacional. Maeztu, católico de vieja escuela, alzaba su quebradiza voz entre el tumulto tratando de restaurar una idea de comunidad entre los pueblos hispánicos basada en una vuelta a las viejas costumbres y a la fe, debilitadas desde la Revolución Francesa por ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad que no resultaron en lo que prometían.

Contra lo que quizá fuese lo esperable, en este escrito me tomaré una licencia académica un tanto irreverente y, en vez de analizar la obra capítulo a capítulo, destacando las ideas más relevantes para contrastarlas con algunos otros textos, iré explorando ideas a la limón del texto, utilizando muchas de ellas de pretexto para expresar mis propios pareceres acerca de algunos temas tratados por el vitoriano. Considero este estilo de tratar el texto más deseable para la obra que tenemos entre manos, con un espíritu más cercano a la espontaneidad mediterránea que a la analiticidad anglosajona.

Además, me serviré de muchas citas de nuestro autor, porque su elocuencia dice a menudo mucho más que cualquier explicación mediata.

Pese a que todo el presente escrito estará trufado de reflexiones *in medias res*, al final haré algunas consideraciones postreras a modo de conclusiones. Espero se reciban esta salida de tono curricular y mis observaciones con una

*captatio veneboletiae* que quizá no merezcan.

## 2. El Imperio español: de la Gloria a la perdición

Maeztu hace numerosas alusiones en su obra a la grandeza de España en el siglo XVI, al que tilda en muchas ocasiones como su siglo, lleno de hidalgos por completo encomendados al servicio a la Patria y de misioneros entregados a misiones llenas de privaciones y peligros de toda índole con solo un objetivo: la evangelización de las nuevas tierras del Imperio.

Enseguida Maeztu se apresura, no obstante, a rebajar la gravedad que podría tener la aseveración recién expresada: las nuevas tierras descubiertas y anexadas a la Nación no eran subyugadas – cosa que, por otro lado, sí que hacían otras potencias europeas de la época poco tiempo después – sino que eran adoptadas con espíritu paternalista, evangelizadas «cada noche bajo la Cruz en el centro del pueblo», como insiste abundantemente. El aglutinante que mantenía unidas tierras tan distantes como las Antillas americanas, Filipinas y la metrópolis era la fe, y esta fe será el elemento recurrente en el discurso de Maeztu durante toda su obra, y la que habrá de ser regenerada si se quiere alcanzar una unión espiritual entre nuestro pueblo y los que antes integraban la unidad imperial. La palabra Hispanidad, surgirá de una lógica segregada del de Cristiandad al calor de esta concepción:

*“Si el concepto de Cristiandad comprende y a la vez caracteriza a todos los pueblos cristianos, ¿por qué no ha de acuñarse otra palabra, como esta de Hispanidad, que comprenda y también caracterice a la totalidad de los pueblos hispánicos?”* (Maeztu, 1941: 33).

Esta Hispanidad a la que Maeztu se refiere no es propia de ninguna raza, puesto que el Imperio estaba formado por numerosos grupos humanos de distinto color de piel: «razas blanca, negra, india y malaya, y sus combinaciones», en palabras del propio autor. Esto hace necesario explorar métodos distintos para encontrar la significación de la Hispanidad, encontrando el motivo final en la comunión espiritual y de tradiciones que la evangelización española allende los mares realizó durante los siglos XVI y XVII, y que fue abruptamente truncada, según nos cuenta nuestro autor, por el influjo de la masonería proveniente del subterfugio francés pre y postrevolucionario, que pretendía, en palabras del ínclito Voltaire, «vencer a la infame», siendo esta, como no podía ser de otra manera, nuestra Iglesia católica. Así, el Imperio generado en base a una idea evangelizadora, fue minado por fuerzas externas mediante la expulsión de los jesuitas por una tercera nobleza criolla, influida por los ideales revolucionarios franceses. La revolución americana, pergeñada durante la ocupación francesa, hubo de ser combatida como se pudo *manu militari*, lo que a ojos de Maeztu marcó el principio del fin de la unidad imperial:

*«El Imperio español era una Monarquía misionera, que el mundo designaba propiamente con el título de Monarquía católica. Desde el momento en que el régimen nuestro, aun sin cambiar de nombre, se convirtió en ordenación territorial, militar, pragmática, económica, racionalista, los fundamentos mismos de la lealtad y de la obediencia quedaron quebrantados»* (Maeztu, 1941: 45).

Pero la idea destructora del imperio misionero no surgió solo extramuros, sino dentro de la península, por un fatal cambio de mentalidad que llevó a una relajación de costumbres y a un mayor interés por las ideas extranjeras. Maeztu se duele del doloroso hecho de que «la crisis de la Hispanidad se inició en España», cuando el cortafuegos de la fe fue socavado con las ideas de la revolución cortada por un patrón liberal, que poco tenía que ver con el espíritu que los españoles llevaron a tierras americanas, y que luego no acabó de traer la felicidad y la libertad que prometía, convirtiendo a menudo a las tierras americanas en el *backyard* de los Estados Unidos o el plan B comercial de los anglosajones. No debemos olvidar que, durante la «conquista del Oeste americano», las tribus salvajes de indios pueblo, inuit, etc., convivían con un marco jurídico en ocasiones español, pues los conquistadores de esta tierra estuvieron presentes en Estados como Nuevo México o California, y que la historia que ahora nos cuentan los americanos del poblamiento de esos estados es el de una lucha contra indios incivilizados en tierras en las que el hombre occidental y su *modus vivendi* jamás había puesto el pie.

Lo cierto es que en antiguas tierras españolas como Florida o California, la idea de la Hispanidad no prendió, o lo hizo en mucha menor medida con respecto a otras como las correspondientes a la parte centro y sur del continente americano, que, a pesar de encontrar su liberación de España a principios del siglo XIX (excepto Cuba, que la encontró a finales del mismo), continuaron con su idiosincrasia creada de la mezcla entre sus conquistadores y de trazas sueltas que quedaron de sus costumbres precolombinas. Y es que, como decía Maeztu con su habitual elocuencia, «la comunidad de pueblos hispánicos no puede ser la de los viajeros de un barco que, después de haber convivido unos días, se despiden para no volver a verse».

Sea como fuere, lo cierto es que las tierras allende el Atlántico se levantaron contra su metrópolis europea casi al unísono – al menos las españolas –. Maeztu se apresura en su obra a puntualizar que, en realidad, la guerra hispanoamericana no fue un conflicto real entre España y sus colonias. Por su situación de lucha contra el Imperio francés, estando invadida casi por completo, España no estaba en disposición de movilizar contingentes contra los insurrectos, como la Gran Bretaña había hecho con los suyos del Norte unas décadas antes, sino que la defensa del régimen monárquico corrió a cargo de facciones internas a los propios territorios hispanoamericanos. Maeztu va más allá y apunta que buena parte del éxito de la revolución se debió a que los nativos de los territorios americanos perdieron la raigambre a partir de los episodios del establecimiento de las Cortes de Cádiz y sus repercusiones posteriores, que produjeron un desarraigo de la fe cristiana que vertebraba el Imperio, y una gran desilusión en toda América del Sur, que en realidad se levantó contra un nuevo régimen que le era desconocido e indeseable.

Sea como fuere, el veneno vertido sobre el dominio español en Hispanoamérica ha dificultado terriblemente

cualquier tipo de hermanamiento ya no solo entre las nuevas repúblicas y su antigua metrópoli, sino aún entre ellas mismas. La participación de los Estados Unidos en numerosos procesos políticos de Hispanoamérica que Maeztu no tuvo ocasión de ver prueba que el terreno de esos nuevos países estaba lejos de tener un rumbo definido, propio de una nación. Si bien es cierto que, como también señala con ingenio nuestro autor, hay un cierto hermanamiento espiritual entre todos ellos que no permite que se ultraje el honor de una de las repúblicas sin que el orgullo de las demás se resienta. El idioma, la fe y las costumbres han unido durante mucho tiempo a esos nuevos pueblos para que pudiera pensarse que la herencia cultural y espiritual que España hizo medrar en aquéllas tierras fuese flor de un día.

### 3. La Hispanidad después de la independencia

Después del desligamiento político con España, Hispanoamérica comenzó un periplo que, por la zona geográfica que ocupaba, le hizo estar siempre con la mirada puesta en su enorme vecino del Norte que, por lo demás, consiguió, tras superar una guerra secesionista mantenerse unido, cosa que los antiguos territorios españoles no pudieron conseguir. La pobreza y la corrupción hicieron que, además, las nuevas repúblicas americanas se sintieran atraídas por el fulgurante ascenso del comunismo en Rusia y su influencia, creciente por la época en la que Maeztu escribe, en toda Europa. España incluida.

Nuestro autor, en vista de esto, afirmó que, tras separarse de España y entre ellas, todas las naciones hispanoamericanas tenían dos patrias ideales aparte de la suya: la Rusia soviética y los Estados Unidos. Maeztu aborrece ambas: el comunismo le parece una anulación de todos los valores que solo puede ser mantenido mediante la coerción y la fuerza, y que pretende extirpar a golpe de leyes algunos instintos básicos de todo hombre, como el gusto por la propiedad privada. Por su parte, los Estados Unidos son tierras en las que, como Maeztu afirma, «los banqueros se han convertido en legisladores». América del Norte dista de ser aquélla república que los ciudadanos de Nueva Inglaterra constituían; la espiritualidad de las gentes estaba en claro descenso, y la segregación racial creaba un cisma irreparable en su sociedad, que estaba más preocupada por el crecimiento económico y las finanzas que por el mantenimiento de sus raíces espirituales.

A pesar de todo, Maeztu pone de relieve el hermanamiento que existe entre los Estados Unidos y su antigua metrópolis que, aunque siempre se encuentran rivalizando, en los momentos de dificultad se apoyan sin dudarlo. Sin embargo, España y sus antiguas posesiones americanas y asiáticas, a pesar de compartir un cierto orgullo, tienen una relación mucho más desligada y, si no es para pugnar entre ellas, al menos es para no encontrar apoyo mutuo. La libertad no ha sido acicate para un hermanamiento entre los países, que necesitan de una vuelta a los orígenes espirituales para encontrar la unión perdida. Como dice Maeztu:

*“Los pueblos no se unen en la libertad, sino en la comunidad. Nuestra comunidad no es social, ni geográfica, sino espiritual”* (Maeztu, 1941: 56).

#### 4. La idiosincrasia española

Maeztu mantiene que la manera de ser de los españoles es propia de la filosofía estoica, pero un estoicismo no como el de Catón o Marco Aurelio, brutales, heroicos y majestuosos; sino uno más espontáneo, como el de Séneca, que a la postre era natural de nuestra península. De hecho, nuestro autor identifica al filósofo hispano-romano como un español de pleno derecho.

Para el vitoriano, los españoles son hombres que saben encajar los reveses, que saben apreciar una victoria en toda su magnitud, pero también asumir una derrota, y esto es debido a que el espíritu español, empapado de fideísmo cristiano, ha aprendido que todos los hombres son iguales en el sentido de que poseen las mismas potencialidades y la misma capacidad de salvarse. Para nuestro autor, sin embargo, el pensamiento de que todos los hombres son iguales en otros respectos es absurdo, pues los hombres son diferentes entre sí: no piensan igual ni quieren lo mismo. Los iguala el hecho de que son hijos de Dios.

El pueblo español, además, incluso en sus horas más gloriosas, tuvo constancia de que todos los pueblos sobre la tierra son iguales, que ninguno hay por encima de otro, y eso marcó el signo de la conquista de América y su sentido evangelizador, al contrario que otros pueblos europeos como el británico o el holandés, que segregaron a los pobladores de sus colonias y los trataron como ciudadanos de segunda clase, o los estadounidenses, que alardean de una pureza de piel conseguida a base de segregar a los habitantes de otras razas (por aquél entonces). Maeztu se duele del trato dispensado a los ciudadanos de Filipinas por los americanos, y pronostica que la segregación ha de terminar por medios pacíficos si no se quiere llegar a un punto de gravedad social alarmante que, por otro lado, el Imperio español no podía sufrir por su tendencia a mezclarse con los habitantes nativos sin ningún tipo de reparo racial ni de orgullo.

El español, según Maeztu, también siente una angustia crónica por lo efímero, lo fugaz. Por ello, los triunfos conseguidos en vida son minusvalorados por los españoles. En palabras de Campoamor: «Humo las glorias de la vida son». La vida se convierte en algo insustancial, que carece de valor inmutable, lo que es fuente de amarguras para el ser hispánico, más amante de lo divino y perenne. Los amores, las honras y los placeres, elementos clave de una vida placentera al estilo epicúreo, al español le parecen vagos y pasajeros, por ello recela de ellos y prefiere dones más espirituales.

Pero si el español no puede aferrarse a ninguna cosa eterna, si en algún momento puntual no puede mantener su creencia de que son eternos la verdad y el bien, siempre queda el último recurso expresado por Maeztu hasta la saciedad: el sentimiento hispánico de que todos los pueblos son iguales, y, sobre todo, la igualdad entre los hombres. Esto es para Maeztu el humanismo español, y, por supuesto, es de origen religioso. Este hecho hace que haya sido tan bien acogido por las conciencias españolas y los territorios de ultramar; es un credo sencillo, muy pregnante, que determina decisivamente la conciencia hispánica.

Tan hispánico como esto es el proselitismo de nuestra verdad, y esto es lo que nos ha permitido, según nuestro autor,

desarrollar la ingente misión de evangelización por los rincones más dispares del globo. Como siempre, Maeztu pone la religión como base de nuestra civilización y engendradora de todo bien que ella produce. Adelantaré desde este momento que, si bien es innegable que al menos parte de razón tiene – es imposible concebir la historia de España sin hacer alusiones constantes a la religión – la propuesta que sale de este análisis tan centrado en la virtudes de la fe resulta un tanto descorazonadora por su dependencia de una vuelta a la espiritualidad de la modernidad española. Maeztu reflexiona a continuación sobre los derroteros que el humanismo ha tomado en sus días, y como siempre para encontrar su diferencial con respecto al español. Nuestro autor observa que el humanismo contemporáneo es, principalmente, relativista, cosa que el español no puede ser nunca:

*«Los españoles no han creído nunca que el hombre sea la medida de las cosas. Han creído siempre, y siguen creyendo, que el martirio por la justicia es bueno, aun en el caso de sentirse incapaces de sufrirlo».*

Y añade a continuación:

*«El español cree en valores absolutos o deja de creer totalmente. Para nosotros se ha hecho el lema de Dostoyevsky: 'o el valor absoluto o la nada absoluta'»*  
(Maeztu, 1941: 71).

Por cierto, no serán aisladas las comparaciones que Maeztu hace entre España y Rusia, grandes naciones de profunda espiritualidad. El autor se duele también de la situación que la Revolución ha creado en Rusia, extirpando, según él, todos los valores que configuraban la personalidad del pueblo ruso.

Aprovecha Maeztu, hablando de relativismo, para criticar la idiosincrasia anglosajona y el liberalismo – el otro polo que mueve el mundo, junto con el comunismo – que cada vez va tomando más importancia en todo el mundo, por imitación a la resplandeciente América del Norte. No obstante, en la civilización hispánica el liberalismo no puede cuajar porque choca frontalmente con el sentimiento de solidaridad que se desgrana tanto de nuestra raigambre católica como de nuestra visión universalista e igualitarista. Para Maeztu, los preceptos sobre los que se edifican ese liberalismo son incluso perversos: los pueblos que se creen «libres» son en realidad pueblos que se creen superiores a otros, como el anglosajón, que predicán la libertad por cobardía y falta de solidaridad para con los pueblos con los que se mezclan y que dominan. Pone el ejemplo de los ingleses en la India y su respeto por las costumbres locales; respeto que no es más que una manera de verlos como un pueblo inferior cuya suerte le es completamente indiferente. De las cosas con la que personalmente estoy de acuerdo con Maeztu de su obra, esta es una de las más importantes. En concreto, la dificultad para terminar con la segregación racial en Estados Unidos me parece un ejemplo de la tendencia anglosajona a conservar un ideal de raza blanca y puritana que, por otro lado, no se sostiene

en la tierra del consumismo exacerbado, donde parece que lo que hace la Iglesia lo deshace la MTV. Hay que decir también que nuestros 40 años de dictadura han hecho recalar cierto racismo en nuestras costas, que se ha visto claramente en la sociedad con el tremendo aumento de inmigración de Hispanoamérica, África y los países del Este de Europa. No obstante, el recibimiento de la inmigración, si bien ha suscitado suspicacias entre parte de la población, también ha sido acogida sin violencia – salvo puntualmente – y en un clima de normalidad, aunque quizá esto sea porque, en el boom de la inmigración, los españoles gustaban menos de trabajar en algunas labores de las que se ocupaban mayoritariamente los inmigrantes. Ahora que probamos de la medicina de la emigración de nuevo – como en los años 60 –, especialmente en los países del Norte, experimentamos en nuestras propias carnes las insatisfacciones locales que se producen con los llegados de fuera, pese a que todos formemos parte de la gran comunidad humanitaria europea, que es como parece presentársenos institucionalmente la Unión Europea.

Siguiendo con Maeztu, uno de los argumentos más determinantes para rechazar el liberalismo es que éste tiende a igualar a todos los hombres no desde una postura espiritual, en el sentido de que todos ellos tienen la misma posibilidad de salvarse o condenarse, sino que los iguala como cuerpos, como sujetos volitivos. Mientras que el español cree en la unidad esencial de las almas, el liberal cree en la unidad esencial de los cuerpos.

La igualación de los cuerpos no es solo propia del liberalismo, sino también del marxismo-leninismo, que pretende igualar a los hombres por medio de la supuesta libertad que oferta convirtiéndolos en una suerte de autómatas, arrebatándoles uno de las, para Maeztu, querencias principales del ser humano:

*«El hombre no es un borrego, cuya alma pueda suprimirse para que viva feliz en el rebaño. El campesino no se contenta con poseer y trabajar la tierra en común con los otros campesinos, sino que se aferra a su ideal antiguo de poseerla en una parcela que le pertenezca» (Maeztu, 1941: 75)*

Es sorprendente la postura de Maeztu sobre la economía, para el que ésta es «un valor espiritual». El hombre no pretende hacerse más y más rico para tener más, sino para crear una imagen y un reconocimiento entre sus conciudadanos. Esta crítica le sirve para denostar al comunismo, pero no para el liberalismo, donde la refulgente ciudad americana brilla con luz propia para pasmo de los observadores, de la comunidad, que se maravilla del ingenio y las riquezas de algunos. Ni que decir tiene que España, pese al espíritu supuesto por Maeztu, se ha contagiado del espíritu de la acumulación de riquezas y ha perdido su hidalguía, o al menos la parte heroica de la misma que Maeztu reseñaba de nuestra modernidad. No hay más que ver cómo han envejecido algunos descendientes de antiguos Grandes de España, como Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba.

En el fondo del discurso de Maeztu se encuentra una premisa importantísima: que España ha sido el pueblo que ha exportado esta idea de que todos los hombres forman una comunidad espiritual en pie de igualdad; ideal que no estuvo presente en ningún pueblo antes, salvo por las aportaciones de la Iglesia en lo pretérito, sin llegar a estar

institucionalizado como lo estuvo en nuestro imperio. Y no solo esto se ha dado entre los españoles devotos. Maeztu dice que entre los españoles que han renunciado a la creencia en Dios el sentimiento igualitarista está fuertemente arraigado de igual manera: «Los españoles no creyentes se han manifestado siempre opuestos a la aceptación de supremacías raciales».

*«Y así puede decirse que la misión histórica de los pueblos hispánicos consiste en enseñar a todos los hombres de la tierra que si quieren pueden salvarse, y que su elevación no depende sino de su fe y de su voluntad»* (Maeztu, 1941: 86)

## 5. La crisis de España

Y no solo en tierras lejanas intentó España espiritualizar el mundo. La lucha por la hegemonía europea es vista por Maeztu como una lucha descarnada por la Contrarreforma y por el anhelo de ayudar al Sacro Imperio Romano Germánico, como la espada temporal de la Iglesia, aunque confiesa que «sentíamos todo el tiempo que la empresa era superior a nuestras fuerzas y que Francia consolidaba su posición frente al Imperio y frente a España». Uno de los problemas de España fue su intento de convertirse en una segunda Francia. Maeztu, apenado, apostilla: «Dejamos de tener lo que para un país civilizado es tan importante como el ser, a saber, la conciencia clara de nuestro ser y de su sentido».

Para Maeztu España perdió su rumbo junto con su identidad, mirando fuera de sus fronteras, olvidándose de todo lo que la había constituido y hecho grande durante tanto tiempo. Francia fue el objeto de todas nuestras miradas, incluso los literatos y los filósofos comenzaban a buscar en Francia la inspiración e incluso las palabras. Maeztu relata que el mismo Donoso Cortés contestaba cuando se le acusaba de utilizar demasiados anglicismos que «Nadie se puede elevar a la altura de la Metafísica con los auxilios de una lengua que no ha sido domada por ningún filósofo» (Maeztu, 1944: 164)

Aquí toca don Ramiro un tema de los que más me ha hecho reflexionar, y es la falta de identidad de los españoles. Un fragmento de su obra resulta la manera más elocuente de explicar a qué se refiere:

*“Parece como que nos poseyera algún espíritu que nos excitara todo el tiempo a ser otros, a no ser quienes somos. Y menos mal aún, porque con ese empeño de imitar y emular al extranjero aún conseguiríamos hacer algunas cosas de provecho, si nos tomáramos el trabajo necesario para adquirir las virtudes con que descuellan otros pueblos: Francia, en el ahorro; Inglaterra, en la iniciativa; Alemania, en la organización. Claro que así no se producen los genios”* (Maeztu, 1941: 166).



Este espíritu parece continuar en nuestro país. En buena medida vivimos acomplejados mirando hacia el exterior. Consumimos todo tipo de productos foráneos desvalorizando lo que aquí se produce. Ha prendido la perspectiva del siglo XIX, en el que España ha quedado atrasada culturalmente como una especie de retiro espiritual europeo, el último bastión del catolicismo anticomunista, como gustaba Francisco Franco de tildarnos. Y en Europa, alimentados por la leyenda negra, parecen estar aceptando a pies juntillas todo cliché antiespañol que se nos cuelga.

Pero lo cierto es que, como dice don Ramiro, los españoles que ahora nacen no eran diferentes a los que lo hicieron en el mil quinientos y en el mil seiscientos, siglos que nos pusieron a la cabeza del mundo. Y las ideas no nos faltan. Ciertamente es que en los últimos siglos – que son los únicos en los que parece recalar la industria cultural, saltando desde las glorias del Imperio romano a las del británico – España ha estado un tanto descolgada del tremendo desarrollo europeo, pero hoy en día España aporta al mundo algo más que buena gastronomía y fútbol, y considero que nada tenemos de que avergonzarnos de nuestra ciencia o nuestra filosofía. Nuestro problema es, básicamente, que socialmente tenemos un enorme complejo de provincianismo y pensamos que alguien nacido en Leeds o en Hamburgo tiene mucho más potencial intelectual que alguien nacido en Teruel.

En los tiempos más bajos de nuestro país, tras el mazazo moral de la guerra contra Estados Unidos, aún una figura tan antiespañola como Rubén Darío tuvo una especie de vuelta a los orígenes y se erigió como poeta de la Hispanidad, «o, al menos, su San Juan Bautista», para regocijo de Maeztu. Rubén Darío previno con sus versos a la «América española» del peligro del Nuevo Imperio, que, como profetizó el poeta, hizo y deshizo a su albur en América del Sur durante el siglo XX, tropelías que Maeztu hubiese condenado, pero que no tuvo oportunidad de ver. Algunos otros autores sudamericanos rindieron honores a España, pero muchos otros, atraídos por el oropel de las ideas francesas, renegaron de sus orígenes en nombre de la libertad de sus patrias.

Unidos a la ruina espiritual de nuestra patria, la leyenda negra y la actividad de los países enemigos de España obraron el desastre, que podría haber sido de otra manera muy diferente si hubiésemos actuado de otra manera, como diagnostica nuestro autor:

*«De haber hallado en España un sentido claro de la vida, la unión hispano-americana sería ya un hecho, por lo menos en el plano espiritual, que es el que importa. Pero, desgraciadamente para los americanos, estas décadas han sido las de nuestra máxima extranjerización. Lo que en ellas decíamos los españoles era precisamente lo que estaban cansados de escuchar los americanos. Y así tuvieron que confrontarse, solitarios, con sus perplejidades»* (Maeztu, 1941: 178).

Maeztu entonces habla de la carencia de modelos que tienen en ese momento los países de Hispanoamérica, después del 1929, pero esa parte no tiene especial interés para el presente escrito por razones históricas obvias. Más interés

poseen las recetas que nuestro autor prescribe para la crisis.

## 6. La vuelta del pasado

Evidentemente, cualquier atisbo de recuperación espiritual de los países que conforman la Hispanidad pasa por olvidarse de modelos importados que poco tienen que ver con el espíritu de nuestros pueblos. De hecho, el mismo Maeztu considera que algunas de las particularidades de los pueblos del Norte de Europa fueron construidas como diferenciación despectiva de los del Sur; incluso «los pueblos del Norte se inventan la doctrina de la Predestinación para darse aires de superioridad frente a los pueblos mediterráneos».

También pasa lo mismo para las filosofías ajenas a nuestro estoicismo particular, pues «en esa chispa [la divina], y no en ninguna clase de determinismos está el origen de la libertad moral del hombre. Tampoco la libertad política». Ni el principio de crecimiento de Bertrand Russell, ni el imperativo categórico de Immanuel Kant, ni tampoco Kropotkin ni Bentham, con sus doctrinas metafísicas o pensadas para pueblos que no son el nuestro pueden ofrecer una solución satisfactoria. Ni siquiera la democracia es válida:

*«La democracia es un sistema que no se consolida sino a fuerza de repartir entre los electores destinos y favores, hasta que se produce la ruina del Estado»*  
(Maeztu, 1941: 111).

La democracia liberal exige cierta buena disposición de los hombres, una fraternidad nacional y aún racial, pero «la fraternidad de los hombres solo puede fundarse en la paternidad de Dios».

Hay que empezar, pues, por analizar las necesidades de las sociedades al respecto del sentimiento patriótico. Maeztu, con su habitual elocuencia, nos dice:

*«No hay forma de constituir una sociedad de tal manera que a las mujeres les convenga tener hijos y a los soldados morir por la patria. Los intereses del individuo y los de la sociedad no son idénticos, no pueden conciliarse»* (Maeztu, 1941: 111).

Es aquí, rompiendo con el tono espiritualista de toda la obra, cuando don Ramiro adopta un tono algo más materialista y dice que la labor de la Iglesia en una sociedad es aportar los motivos por los que el soldado debe dar la vida si fuese preciso, o las madres traer más criaturas al mundo, y continua por ese camino cuando dice que «el problema no consiste en mejorar a los hombres, sino en restablecer las condiciones sociales que los inducían a mejorarse». Con esto Maeztu quiere decir que es necesario volver la vista hacia adentro y potenciar el espíritu

hidalgo de nuestros siglos dorados, en el que el esfuerzo se valoraba y el estudio era una actividad gravosa. Maeztu es de la opinión de que aquéllos que colonizaron Hispanoamérica y los territorios asiáticos y la evangelizaron aceptaron una labor no de provecho y enriquecimiento personal, sino de privaciones, riesgos y calvarios solo por un sentimiento de servicio espiritual y patriótico, imbuidos con el espíritu español de confraternización entre los pueblos y el ideal cristiano de salvación de las almas. Y eso es, *grosso modo*, lo que hemos perdido y lo que es menester recuperar para restablecer nuestro vínculo primordial con las repúblicas que antes engrosaban las tierras españolas.

Al dejar de ser un peligro para las potencias extranjeras, muchos autores, especialmente hispanistas británicos, recuperan las glorias españolas y ensalzan algunos de nuestros valores pretéritos, como la constancia contra el Islam o la ingente obra civilizatoria en América, obra que, por cierto, ninguna otra potencia fue capaz de igualar en ningún rincón de la tierra. Maeztu carga contra viejas vergüenzas nacionales hispanas, como la expulsión de los judíos, y lo justifica como una obra en aras de la buena marcha del Estado, como una búsqueda de funcionarios sinceros que sirvieran a la patria como verdadera pasión, por lo que habían de reclutarse hombres cristianos viejos y librarse de resentimientos de antiguos privilegiados venidos a menos. Pone de relieve la usura y la soberbia de los judíos, idea que, además, saca de un libro de W.T. Walsh (*Isabel la Católica*). Estos y otros mitos de la *Leyenda negra* son conjurados por Maeztu, haciendo que surja en mi mente la pregunta de si otros pueblos están exentos de toda culpa histórica y todo bochorno; como si el pirata Drake no hubiese hecho de las suyas por el Caribe o la Inquisición española hubiese sido la primera que apareció en el mundo, por citar dos eventos al azar.

La impresión de la redundancia no me permite continuar siguiendo las palabras de Maeztu por mucho tiempo. Diré solamente que la tradición es la escuela a la que el autor vuelve constantemente, a la defensa de la Patria con la que, como dijo Cánovas, «se está en razón y sin razón, como se está con el padre y con la madre». Como no podía ser de otra manera, el pilar fundamental es el de la recuperación de la espiritualidad cristiana que nos impulsó a hacer grandes gestas en el pasado y que tan unida está a nuestra idiosincrasia.

## 7. Pareceres y conclusiones

Han pasado ya muchos años y muchas cosas desde que Ramiro de Maeztu terminara esta obra. La edición que tengo entre manos es la cuarta, y aún así el paso del tiempo señala que han pasado mucho tiempo, y las hojas lucen amarillentas y viejas. No obstante, y pese a que las remisiones de Maeztu a la crisis que por aquél entonces azotaba el mundo suenan obsoletas en nuestros oídos (o no, teniendo en cuenta la crisis que nosotros estamos viviendo desde 2008), lo cierto es que algunas de sus ideas gozan todavía de buena salud.

Hispanoamérica está muy lejos de alcanzar una unidad real, y el siglo XX ha sido testigo de muchos encuentros entre países del subcontinente a menudo auspiciados y caldeados por los Estados Unidos. Filipinas ha olvidado en buena medida su pasado español, después de que los estadounidenses se afanaran en reducir la población hispanohablante a conciencia. Todos comparten con España la fe católica mayoritaria, aunque bien es cierto que España es cada vez

menos dependiente de la Iglesia, y está comenzando a homogeneizarse con el resto de países de Occidente en su andanza hacia la laicidad (que, sorprendentemente, solo han conseguido del todo Francia y Turquía).

Precisamente, el punto débil de la, por otro lado, grandiosa obra de Maeztu quizá sea la dependencia total de cada uno de sus postulados de la religiosidad. Pareciere que no queda nada de España sin la fe, pese a los guiños que, muy tímidamente y dispersos, concede a la laicidad el autor. Todo argumento gira en torno a la obra evangelizadora del continente o al estoicismo de cariz cristiano de la Hispanidad. A una nación moderna, postindustrial y plenamente europea como la nuestra le gustaría poder tener algún rasgo significativo aparte de su religiosidad, y es que España es mucho más que cristiana, y los lazos que nos unen con Hispanoamérica y las islas que llevan el nombre de nuestro Felipe II son muchos más que un vínculo espiritual. Es un vínculo material de muchos años de presencia y educación, de asimilación de costumbres, del idioma, de toponimia y genealogía.

Lamentablemente, además, creo que la fe católica no es suficiente para alcanzar una unidad como la buscada por don Ramiro de Maeztu, porque ni siquiera la económica, que parece lo central en nuestros días, es capaz de evitar malentendidos y acciones de las repúblicas americanas entre sí y contra España, como recientemente se ha visto en movimientos políticos contra empresas españolas. Las gentes de las antiguas colonias españolas, y muy especialmente los Hispanoamericanos, son en buena medida españoles sin saberlo, y, sobretodo, sin desearlo. La agresividad con la que se refieren muchas veces a la dominación española como tiránica desvela cierta repugna institucional que se nos tiene, muchas veces inspirada en relatos míticos o exagerados, puesto que, como dice Maeztu, el padre Bartolomé de las Casas, con su inagotable bondad, engrandeció los abusos que efectivamente se cometían para que calaran hondo en las autoridades peninsulares sin darse cuenta de que también alimentaba a los enemigos ancestrales del Imperio.

En nuestro mundo globalizado en el que McDonald's ha llegado a todos los rincones de la tierra, vivimos en paralelo una especie de «vuelta a los orígenes»: la gente busca lo auténtico en lo tradicional, y se ve muy claramente en el caso de las repúblicas de Sudamérica y Centroamérica cómo, por mucho que los americanos del Norte influyan comercial e ideológicamente, las raíces son tozudas y se niegan a ceder ante culturas externas.

El caso de España es algo diferente. Somos un pueblo completamente homogéneo con el resto de Europa, salvo por algunas costumbres que no tienen importancia a nivel global. No abogo como Maeztu por una vuelta a la tradición, pero sí a una apreciación más profunda a los rasgos que tenemos en común con nuestros antiguos territorios de ultramar, como el caso anglosajón con su Commonwealth. Nos unen lazos culturales muy intensos y un idioma que, además, está en continuo crecimiento.

En este sentido, esperemos que Maeztu vea cumplida su añoranza, aunque no sea por vía de la religión, y que no llegue el momento en que lo que él profetizó se cumpla:

*«Un día vendrá, y acaso sea pronto, en que un indio azteca, después de haber recorrido medio mundo, se ponga a contemplar la catedral de Méjico y por*

*primera vez se encuentre sobrecogido ante un espectáculo que le fue toda la vida familiar y que, por serlo, no le decía nada. Sentirá súbitamente que las piedras de la Hispanidad son más gloriosas que las del Imperio romano y tienen un significado más profundo, porque mientras Roma no fue más que la conquista y la calzada y el derecho, la Hispanidad, desde el principio, implicó una promesa de hermandad y de elevación para todos los hombres.» (Maeztu, 1841: 289).*

Si logramos extirpar el pesimismo y el excesivo proselitismo, encontramos en *Defensa de la Hispanidad* una magnífica obra de patriotismo en el buen sentido, un llamamiento sincero de un hombre brillante a una reconversión social y una vuelta a ciertos orígenes que sirven para darnos cuenta de que la Hispanidad es un hecho y de que hemos de estar orgullosos de lo que nuestros antepasados hicieron, libres de leyendas negras y exacerbación de los fracasos, de los que ninguna nación está a salvo.

#### Referencias:

De Maeztu, Ramiro (1941): *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Gráfica Universal.

